



Gaétan Kabasha, tras huir del genocidio de Ruanda: “El mal existe y hay que luchar contra él haciendo el bien”

Gaétan Kabasha es un sacerdote que huyó del genocidio de Ruanda hace ya 28 años y actualmente es párroco de Las Matas, en Madrid. “Su libro ‘Una mano invisible’ es una **biografía de verdad y de experiencia, no solo de tinta**”, como señala el director de Humanidades, Ángel Barahona: “Cuando conocemos el genocidio que ha vivido Gaétan nos ayuda a poner en orden las prioridades”.

La historia de sufrimiento y superación empezó en 1990 en el Seminario Menor de Ruanda cuando le informaron de que el país estaba siendo atacado. No sabía qué era una guerra ni que alguien podía atacar un país. Tenía 18 años. Pero cambió absolutamente su manera de ver el mundo y de entender la vida al tener que llevar una tarjeta de identidad que le diferenciara del “intruso” que colaboraba con el enemigo. Sabía que podían llamarlo a filas y tendría que coger un arma. Había una fractura social entre hutus y tutsis, junto a un sentimiento de rechazo al que atacaba, rumores, propaganda política y manipulación. Cuando fue al Seminario Mayor en 1994 derribaron el avión de dos presidentes hutus se produjo la explosión y estalló el genocidio.

“Hubo cuatro años de preparación psicológica y tensión máxima hasta llegar a un momento insoportable”, expresó. El poder estaba en la calle y los jóvenes usaron machetes, mazas, palos, ladrillos para defenderse: la gente mata sin pensar, por contagio de la masa. “**La única manera de defenderse es parecerse a los demás o padecer el martirio**, pero cuando llega la verdad o eres fuerte o no lo eres y, en general, no lo somos, formamos parte de un ambiente y una mentalidad común del pueblo donde se vive”, añadió. Cada día se preguntaba qué pasaría si como seminarista le obligaban a matar, hay mucha gente que murió por haber levantado la voz contra la violencia. Sabía que entre la vida y la muerte había que elegir y la vida supone hacer cosas que van contra los principios. Aun así, siente que arriesgó mucho cuando tuvo que esconder a unas monjas en un tejado simulando que ya se habían marchado del país.

“**El genocidio no se puede describir porque supera la capacidad de pensar**, toda una sociedad en armas en todos los rincones del país”, confesó. Tuvo que huir y cruzar la frontera para ir al Congo. Había miles de personas que morían cada día por las condiciones insalubres y de falta de alimento en el campamento de refugiados. Hizo incluso de dentista y anestésista: “**Cuando estás en un momento muy complicado de la vida te superas a ti mismo y descubres capacidades escondidas** que no imaginabas”. Salió del campamento cuando intuyó el peligro, aunque tuviera que cruzar el Congo, que es como cinco veces España. “Ese viaje fue un encuentro especial con Dios, la fe es capaz de levantar montañas y hacer milagros”. En República Centroafricana le iban a repatriar y tuvo un momento de crisis: “Estaba a dos pasos de la locura”, reveló. No tenía proyectos y pensó que no merecía la pena vivir, todo lo que tenía como meta se multiplicó por cero. Llegó a los brazos de un obispo que le acogió, le dijo que Dios le había enviado a su casa y se sintió aliviado de su cruz como el hijo pródigo de la parábola. Aún tuvo que huir otra vez por la guerra del Congo hasta que por otro obispo llegó a España a estudiar en 1999 en el Seminario de Madrid: “No existe ninguna historia inútil, **el sufrimiento puede ser una escuela de vida**, los campamentos de refugiados forman parte de una formación y de la manera de enfrentarse a las cosas”, concluyó. Es muy consciente de que su historia se convirtió en patrimonio útil para el resto de su vida.

Ha pasado por cuatro etapas psicológicas: la primera solo fue de supervivencia; después, se sumió en el enfado y extremismo, rencor y resentimiento; al tomar distancia pudo ver que no era el único y el último, sino que el mundo está lleno de historias parecidas, tomó conciencia de que si se quedaba encadenado al odio solo perdía él; al final, llegó la fe, vio los gestos positivos, las veces que Dios le había escuchado y su mano en la historia, tenía muchas enseñanzas que transmitir como sacerdote: “Cambió mi mirada, vi que lo ocurrido era una historia entre Dios y yo, **había sido instrumento de su plan trascendente**, cuando acabó el sufrimiento opté por la generosidad en vez de vivir entre las estrecheces del odio”.

Animó a empezar por la conversión de nuestra propia vida para solucionar las guerras, asegurando que la fe le ha sostenido siempre: “**El mal existe y hay que luchar contra él haciendo el bien**, intentando descubrir en ese mal algún bien que pueda haber, no hay un mal absoluto, ningún ser humano es un demonio, tiene alguna chispa de bondad porque todo lo que Dios creó vio que era bueno, siempre hay posibilidad de rescatarse”. En los peores momentos le decía a Dios ‘ahora te toca a ti’ y aparecía siempre un milagro de verdad. Sabía entonces que esta vida no está perdida. Está convencido de que se puede vivir el mal y salir reforzado en la fe: “**El mal no me venció porque la fe me ayudó a superarlo**, aunque no entienda por qué existe”.

Leyó a Viktor Frankl que para sobrevivir se apoyó en la logoterapia. Entendió que estaba relacionado con su idea vocacional de que Dios le llamaba a ser sacerdote, un motor que le impulsaba a vivir y proteger ese tesoro: “**La sociedad no puede vivir obviando la dualidad entre la alegría y la tristeza**, la vida y la muerte, etc., porque así estás preparado para vivir situaciones difíciles”. No ha ido al psicólogo, pero escribir el libro y sacar sus vivencias hacia fuera ha sido como una terapia para sanar la culpa, junto a la sanación que Dios le ha regalado. Así, la que empezó siendo una idea de ser sacerdote diocesano en su país se convirtió en una vocación misionera.